

DON QUIJOTE EN VILLA ORTÚZAR

por

Miguel Agustín Mullen

El Falcon amarillo avanzaba por la calle mal iluminada. En su interior dos amigos dialogaban a viva voz en el idioma de Cervantes. El del volante no era otro que el buen Sancho Panza y el acompañante, el universal hidalgo don Quijote de la Mancha. ¿Qué hacían en un viejo Ford Falcon a gas por Villa Ortúzar? Nada nuevo: recorrían el barrio para deshacer entuertos, defender viudas y batallar contra los activísimos enemigos de la ley y las buenas costumbres.

Ya sea por el equipo a gas o por la impericia del conductor, el auto tenía serios arranques de tos, como si tuviera una pulmonía bizarra. Por su parte, don Quijote se sentía desnudo sin la armadura, el corcel y la lanza. Para este caso habíanle dado sólo las llaves de un automóvil vetusto, un chaleco antibalas por seguridad y una cachiporra para castigar maleantes.

La verdad es que con la compañía de su buen escudero le bastaba para llevar decorosamente y sin quejas esa desaliñada resurrección. No convencían a su entendimiento las nuevas reglas de juego. Se sentía humillado bajo las órdenes de un escritor novato, de medio pelo. Pero —por respeto a quien lo había devuelto a la acción— conservaba estos pensamientos para sí. No estaba para estos trotes, pero este viaje a las Américas tenía un condimento especial. Se cumplían cuatro siglos de su nacimiento a la vida literaria y qué mejor que una nueva aventura, aunque fuera en un minúsculo cuento.

Cualquier otro se hubiera negado a participar. Incluso el mismísimo Cid descansaba en su tumba bien sellada y sin disposición para volver a enfrentar a moros y pecadores. La convocatoria

había apuntado a su corazón magnánimo. *Veníte, Quijote querido, que estoy más muerto que vivo.* ¿No sabía acaso lo difícil que era publicar y ganar fama? La imprenta había inundado de libros el planeta.

Pronto Sancho —muy sensible a la repercusión del paso del tiempo en su estómago— se dirigió a su amo:

—Esto me está cansando, señor mío. No hemos cenado aún y la noche está fría.

—Te prometo, Sancho impaciente, un opíparo asadito criollo en alguna isla del Tigre. Tu redonda barriga quedará satisfecha así como tu exigente paladar. Tendrás que aflojarte el cinturón que te ciñe por la mitad.

—¡Por las patillas de Menem juro que no dejaré insatisfecho a mi estómago, amigo mío! Dicen que aquí son pobres pero gustan del buen comer y beber.

—No se hable más, y cuidado con jurar.

Iban los dos amigos patrullando Villa Ortúzar cuando vieron a una señorita en una esquina. Vestía la buena moza con flagrante indecencia, ligera de equipaje y más ligera aún de ropas. Su cara estaba cubierta por un maquillaje pringoso.

Al principio no quiso Don Quijote fijar sus ojos en la mujerzuela para no caer en lujuriosos deseos ya que, como dicen los sabios, *lo que entra por la vista llega al corazón*. Pero pronto diose cuenta de que más se asemejaba la dama a una vaca lechera que a una mala mujer y que más mortificaba su vista que otra cosa.

Sancho comenzó a reír a sus anchas mientras sostenía el volante, pero no se atrevía a comunicar al amigo el motivo de su alharaca. Insistió el

amo y hubo de acceder al escudero. Previendo la ira de don Quijote, sólo le comunicó que la señora de la esquina le recordaba a una singular mujer de la Península. Adivinó nuestro hidalgo la poco velada referencia a la dueña de sus pensamientos, la brava Dulcinea del Toboso. Perdió los estribos y conminó al insolente escudero a que retirara lo dicho. Así lo hizo el hombre, compungido por la ofensa gratuita que había causado a su señor. Reparado el agravio a la sin par Dulcinea, purificado su buen nombre, su honor y su honra, estalló el caballero andante en una bulliciosa carcajada.

—Tienes razón, Sancho, ambas se parecen, pero que conste que mi amada nunca ha faltado al pudor y a la modestia como esta moza esquinera.

Decidieron los compañeros ayudar a la buena moza a enderezar la senda y ocultar lo que merece llevarse con recato. Bajó don Quijote del Falcon y se dirigió a la dama en su mismo idioma. Y cuentan que allí mismo le dio una moralina que Dios te libre y guarde. Ni el mismo Vicario de Cristo habla a sus ovejas descarriadas como habló el Quijote en esta circunstancia. Pero cuando no se quiere escuchar, no hay razón que sirva para la enmienda. Ofendióse la mujer que vio perecer su negocio si atendía a las razones quijotescas. Además, corrían los minutos y la compañía no favorecía su urgente labor.

Continuó, sin embargo, don Quijote su discurso con renovados argumentos. Mencionó incluso la existencia del infierno para los pertinaces que desoían la voz de la conciencia. Llegado a este espinoso punto, entró en cólera la muchacha y descubrió lo que mantenía oculto, que las cosas no siempre son lo que parecen. Acercóse la moza al buen intencionado caballero y —no sin mirar si había moros en la costa— pególe una brutal trompada, digna de un gladiador en apuros. Sintió el impacto del nudillo el flaco mentón del héroe, perdió el equilibrio nuestro guerrero infatigable y ganó las baldosas con su cara. Pronto algunas gotas de sangre asomaron en su frente amplia y un dolor agudo penetró en su sien.

El magín de don Quijote era un hervidero. ¿Desde cuándo las mozas argentinas podían voltear a quien había combatido a gigantes? Entendió, por fin, el intríngulis. Acaso aquella dama había acudido a Salamanca en busca de sus atributos femeninos actuales. Pero —se dijo don Quijote, trastocando el dicho— «lo que natura da, Salamanca non quita».

—¡Oh tiempos, oh costumbres!, citó Sancho.

Para consolarse de este nuevo fracaso se acercaron con el Falcon a una buena parrilla e hicieron honor a la comida argentina. Y no sobró corte de carne ni entraña vacuna sobre el asador.

EN LA MIRA

por

Miguel Agustín Mullen

El ciervo levantó la magnífica cabeza con inquietud. Aguzó el oído y el olfato pero no captó el peligro. En el instante en que su boca rozaba el espejo de agua, sonó un disparo, sordo y lejano. El animal llegó a escuchar el sonido y se derrumbó sin un soplo de vida en su cuerpo. Luego, por unos segundos, nada se movió en aquellas tierras del sur.

Cuando el cazador salió de su escondite, su

cara de piedra denotaba felicidad. Desde la mira telescópica de su máuser, había visto el impacto de la bala en el musculoso pecho del ciervo. Mientras caminaba hacia su presa, se quitó el sombrero lleno de paja y ramitas. Tardó casi diez minutos en llegar hasta el borde de la laguna, donde yacía el animal. Sus ojos se encontraron con los del ciervo, que seguían siendo expresivos. Perturbado por esta imposible mirada, tomó su

cuchillo de caza y le atravesó la garganta. Manchado de sangre, prosiguió en la trabajosa tarea de separar tronco y cabeza. Fue una desagradable carnicería.

Una semana más tarde, mientras limpiaba con esmero su rifle de caza, rumiaba su situación de policía separado. Aunque tenía ahorros, andaba medio justo de plata, después del papelón de su despido. Para colmo, su *jermu* estaba como loca, porque se había enterado del lío de las coimas por los diarios. Ahora ella estaba viviendo con sus padres hasta nuevo aviso. Todavía sentía el sabor amargo de saber de buena tinta que su reemplazante en la comisaría era un hombre sin escrúpulos. Él no era un gran ejemplo pero, por lo menos, no andaba metido con los secuestros. De pronto sonó su celular con su musiquita de morondanga.

—Tengo un trabajito para vos, Coyote.

—¿Qué tipo de laburo, Vaca?

—Necesitamos tus habilidades con el rifle. Hay que callar a un periodista ladilla.

—Ni hablar, vos sabes que no acepto ese tipo de laburos.

Antes de apagar el teléfono escuchó la cifra.

—Cien mil verdes, Coyote.

Una semana demoró en aceptar. Quedaron en encontrarse con el Vaca en un bar en Rodríguez Peña y Tucumán para recibir unos mangos y las instrucciones.

—Acá tenés una foto del periodista. Lo vas a identificar por la pelada y la *zapan*. Desde hace un mes viene fichando a don Vicente y parece que ya sabe demasiado.

—¿Y no intentaron meterle miedo?

—Sí, pero no afloja. Le dejamos la cara hecha una pasta, amenazamos a su familia, le pintamos el garaje. Pero el pelado tiene garra.

—Y don Vicente me tira trescientos mil pesos para que me lo limpie.

—Sí, digamos que sí. No te creas que el periodista es una pinturita. Seguro que algún lío tiene.

—¿Quién de nosotros es una pinturita?

Luis Sepúlveda fue el nombre que eligió para el documento falso. Dedicó dos semanas para curiosear a Jeremías Ginsburg y optó por liquidarlo el martes veintidós de febrero, a las once. A esa hora, el tipo desayunaba en el *Café Plaza del Carmen*, en Callao y Rivadavia, frente a la legendaria *Confitería del Molino*.

El Coyote alquiló un último piso situado a cien metros en línea recta del bar que frecuentaba Jeremías. No omitió ninguna precaución: se dejó la barba, adquirió un arito y se cortó el pelo al ras. La mudanza fue mínima: se llevó un colchón, una silla, abundante comida y la valija con el máuser. Avisó al portero que el resto de la mudanza demoraría un par de semanas.

El piso disponía de un balcón con un panorama perfecto. Cortó las maderas de las persianas con una sierra hasta lograr un rectángulo que le permitía observar sin levantar sospechas. Aunque distinguía a los clientes del *Café*, no estaba seguro de acertarles a la cabeza o al corazón desde esa distancia. Fue por eso que invirtió la mañana del sábado diecinueve de febrero y novecientos dólares en comprar la mira de sus sueños. Nunca más le fallaría a un ciervo o a un jabalí. Y menos a Ginsburg. Además, la mira disponía de un puntero láser. Adiós caza deportiva.

La mañana del domingo veinte se dio cuenta de que le faltaba calibrar la mira. Todavía enojado por su traspié idiota, se acercó a un polígono de San Fernando y ejecutó las rutinas de siempre. A esta altura de la vida, podía hacerlo con los ojos cerrados.

El chiche nuevo le multiplicó su campo de visión. Ese domingo por la tarde, la plaza del Congreso estuvo frente a los pelos de su nariz. Podía acariciar las palomas y oler al linyera que descansaba bajo el arbusto. Podía tomar entre sus dedos las piedritas naranjas que formaban los caminos, tocar las estatuas y leer —en el monumento— insultos en aerosol.

Enfocó la mira en el *Café Plaza del Carmen*. La linda empleada —camisa blanca, moño amarillo, pantalón negro, delantal naranja y trenzas de colegiala— se acercó a su balcón. El diario del día, apoyado en el mostrador, lo invitaba a la lectura. Los ceniceros, con sus puchos y cenizas, se veían tibios. Desde las alturas y con su rifle, el Coyote se sentía fuerte.

El lunes a las once, un hombre gordito y un tanto desalineado entró en el *Café Plaza del Carmen*. Luis Sepúlveda lo enfocó y reconoció al periodista. Una morocha entró en escena y, al rato, volvió con un café con leche, tres medialunas y una soda. Al Coyote se le hacía agua la boca y manoteaba unos biscochitos de grasa. El hombre apoyó sobre la mesa un block de notas. Pero

resultó un amasijo de letras imposible de leer con una mira telescópica, por más que haya costado sus buenos mangos.

Un cuarto de hora más tarde, la morocha le alcanzó al periodista un diario deportivo. La mira le permitió a Sepúlveda ver los colores de River Plate en la portada. Su corazón de bostero latió un poco más fuerte. Así que millonario. Ahora el millonario voy a ser yo... Y el Coyote largó una carcajada siniestra que voló por el departamento vacío.

Una llamada al celular detuvo su imaginación. Dejó su rifle junto a la ventana y fue a atender. Lo sorprendió una voz de mujer.

—Buen día, Coyotito... ¿Sorpresa? Resulta que sos mi marido y no te pienso largar así nomás.

La gordi era un bagayo pero también una mina de fierro, más leal que todas las porteñas juntas, y el Coyote se sintió feliz por su llamada. Quedaron en verse el fin de semana, aunque no sabía cómo cuernos lo haría.

Más tarde volvió a sonar la sinfonía de su teléfono.

—Te estás demorando mucho, Coyote. ¿Qué carajo te está pasando? ¿Tenés miedo de apretar el gatillo? Metéle pata porque ya estás metido en este balurdo hasta las narices. Ya no hay vuelta atrás. ¿Está claro?

—Como el agua, *Vaquita*. Mañana me lo limpio. Tené paciencia y andá preparando los billetes. Ya lo tengo en la mira. Ahora mismo está desayunando en el *Café Plaza del Carmen*, en Callao y Rivadavia. Y yo estoy justo en frente.

Al Coyote no le gustó la apretada del Vaca. Seguro que el cerdo de don Vicente estaba detrás de ese llamado.

La noche previa al delito fue larga. De tanto mirar con el rifle, la verdad de los hechos se le fue imponiendo por sí misma. Jeremías era un periodista que se la jugaba. Don Vicente era el pez gordo, el parásito, la vinchuca del sistema político. ¿En qué lío se había metido? ¿De qué lado estaba él? A la una de la mañana se tomó un somnífero para dejar de carburar.

Cuando llegó el 22 de febrero, su cabeza era un hervidero. La decisión de entrar en la policía, a pesar del sueldo. El noviazgo y posterior casorio con la gordi. Las temporadas de caza en el campo. Tantos compañeros caídos. Las coimas. La reputación de veinte años en un tacho.

Pero ese día pondría punto final a sus aventuras, cobraría la guita y se las picaría al Uruguay. Allí, en Maldonado, recomenzaría su vida con la gordi, pero sanamente y con el bolsillo lleno.

Jeremías Ginsburg levantó el suplemento deportivo que le cubrió el tronco como si fuera un escudo. Cuando lo bajó no notó la lucecita roja del láser danzar en su pecho. El punto luminoso iba del corazón al hombro derecho y volvía. Iba y volvía.

De pronto, se escuchó un vidrio roto en el *Café Plaza del Carmen*. Una mujer gritó con energía, otra se desplomó. Jeremías Ginsburg yacía en el suelo, respirando boca arriba, inconsciente. La sangre que brotaba de su hombro izquierdo avanzaba lentamente sobre las baldosas.

A una cuadra de allí, el Coyote respiró aliviado. Había tomado la decisión correcta. Aunque necesitaba los dólares, él no era un asesino. Mientras guardaba su rifle, una lucecita le molestó la vista. La bala se coló por el balcón y él se derrumbó sin un soplo de vida en su cuerpo.

—La gran flauta, odio hacer esto —se quejó el Vaca.

Miguel Agustín Mullen nació en Buenos Aires en 1973. Es licenciado y profesor en Letras por la USAL. Publicó cuentos y poemas en *Gamma*. Desde 1999 al 2002 se desempeñó como profesor-tutor en el Polimodal de Humanidades del Colegio Bosque del Plata (La Plata). Fue jurado de selección en el Concurso literario del Centro Cultural UCA entre los años 2003 y 2005. Desde 2003 se desempeña como director del Centro Universitario de Estudios (CUDES), donde dictó cursos de redacción para universitarios. En 2004 participó con dos cuentos en la antología en homenaje a Borges publicada por Nuria editores.